
Los “Comentarios Reales”

Son la réplica de Valera á Pedro Sarmiento de Gamboa (1)

I

Muchas veces se forman conceptos erróneos acerca de algunas obras, porque se ignora el origen de ellas, y en qué circunstancias el autor concibió el proyecto de escribirlas, lo que sucede con más frecuencia con las antiguas, y cuando desconocemos los detalles de la vida del que las escribió.

Esto nos ha sucedido con las obras que corren con el nombre del Inca Garcilaso; y digo que corren sólo, porque ya creo haber suficientemente demostrado que son debidas, en su mayor parte, á la pluma de su compatriota, mestizo como él, Blas Valera.

No es sorprendente que los que han leído los *Comentarios Reales* desde 1609, en que se dieron á luz, hasta hoy, y no conocían del P. Valera sino las alusiones que á él hace Garcilaso, pensaran, no sólo que la obra era de éste exclusivamente, sino que el interés que tenía en exaltar la memoria de sus antepasados lo llevase á exajerar sus proezas, y nos presentase por eso un cuadro, más novelesco que histórico, como ha pensado el célebre acaadémico Menéndez Pelayo y algún otro.

Esto es excusable en aquellos que no tienen motivos para conocer la contextura íntima del libro y el génesis de él.

En efecto, hoy tenemos felizmente todos los elementos necesarios para resolver tan importante cuestión, desde que sabemos quién es el verdadero autor de la obra, pues conocemos á éste, en cuanto es posible, y las circunstancias en

(1) V. mis anteriores artículos, t. 2º y 3º de esta *Revista*.

que trabajó, así como sabemos quién fué su rival, á quien replicaba sin nombrarlo, en su *Historia de los Incas*. Las líneas que van á leerse no tienen otro objeto que hacer palpar cómo se compuso la obra, y presentar una prueba más, que vale por todas, de la incuestionable autenticidad de la obra de Valera, indebidamente atribuída á Garcilaso.

En noviembre de 1569 llega á Lima el famoso virrey D. Francisco de Toledo, y lo primero que piensa es hacer la visita del reino; poco después, con gran séquito, emprende su viaje al Cuzco, donde llega en enero de 1571. Tenía un plan, que debió considerar muy grandioso, que era conocer la historia de los incas, para presentarla como un argumento incontestable de la legitimidad de la dominación española.

Para tal fin había escogido un historiógrafo oficial, y no se ocupó en buscar éste entre los que se habían dedicado en el Perú á escudriñar la historia indígena. El escogido era un capitán, con quien había tropezado al pasar por Panamá, y que acababa de regresar de la expedición de Mendaña en busca de las islas de Salomón: era Don Pedro Sarmiento de Gamboa, el encargado de demostrar esta tesis forzada, es decir, de probar que los incas eran *tiranos*, no soberanos legítimos, pues se habían impuesto por la fuerza, en tanto que Felipe II de España gobernaba el país por derecho natural y divino.

Sarmiento puso manos á la obra con bastante ingenio; reunió, antes y después de la llegada al Cuzco, algunos indios nobles, los interrogó ante escribano y zurció en muy pocos meses la historia de los incas, desde el legendario Manco Cápac; allí aparece cada soberano como un conquistador terrible, que quemaba y mataba por doquiera, repitiéndose en cada capítulo la muletilla del *tirano*, etc. para hacernos creer que no hace más que transcribir el relato de los últimos vástagos de los incas. Reúne á éstos solemnemente, y les hace declarar, ante el secretario del virreinato, que es exacto lo que él escribe en su obra, que más bien parece un proceso legal que una verdadera historia. Todo ello, formando un volumen caligrafiado admirablemente, con una cubierta de terciopelo, envióse por correo especial al rey de España, y ha permanecido más de tres siglos en los anti-

guos dominios de Flandes, hasta parar en la biblioteca de Gotinga, y hace sólo dos años ha salido á luz, gracias al Director de esa biblioteca universitaria (1).

No trato de estudiar la obra, como antes lo había proyectado, por razones especiales, y cito sólo la tesis que defiende, de un modo incidental, para llegar á la conclusión que me he propuesto sacar, como verá el lector en seguida.

El P. Valera que había ingresado en noviembre de 1568 en la Compañía de Jesús, que acababa de establecerse ese año en Lima, fué escogido por sus conocimientos lingüísticos, con otros dos más, para fundar el colegio del Cuzco, donde llegó casi el *mismo día* que el virrey y su historiógrafo Sarmiento, en 1571, y no 72, como alguno ha dicho. Fué pues Valera entonces testigo ocular de cuanto pasaba en la antigua metrópoli de los incas; conoció las medidas del virrey, la expedición que mandó para apoderarse en Vilcapampa del inca Túpac Amaru, que sólo tenía 18 ó 20 años (2), como dice Lizárraga, y supo cómo confeccionaba su historia el capitán Sarmiento y la tesis que allí desarrollaba. Valera era joven, corría por sus venas sangre peruana y debió experimentar muy profunda indignación al ver cómo se trataba por escrito y de hecho á los incas del Perú: nada, pues, más natural que, desde entonces, resolviera escribir la historia de su país, tal cual la contaban los quipo-camayos, tratando de pulverizar los argumentos de Sarmiento y su amañada información. Su obra tenía que ser la apología de su raza, desde el punto de vista indígena, como la de Sarmiento se había escrito desde el punto de vista español, y exclusivamente *ad usum delphini*. El mestizo hizo pues sus averiguaciones, con pleno conocimiento de la lengua, consultó á los nobles y á los quipocamayos, sirviéndose de todos los recursos especiales que le ofrecía su carácter de misionero. Su información obtuvo, como era natural, un resultado diametralmente opuesto á la del virrey, y en vez de los incas ti-

(1) V. *Journal* de la Sociedad de Americanistas de París, nueva serie, t. V. Nº 1, 1908, pág. 115, en que doy cuenta de la edición de la *Historia de los Incas* de Pedro Sarmiento de Gamboa, publicada en Alemania en 1906 por el Director de la biblioteca de Gotinga Sr. Pietchmann, y en Inglaterra por el Sr. Markham, en 1908, en la colección de Hakluyt.

(2) Lizárraga, *Descrip. de las Indias*, en Rev. Hist., III, p. 483.

ranos nos presenta su historia, traducida por Garcilaso, el gobierno más humano y patriarcal que jamás se vió.

Tal es siempre el resultado de todas las reacciones, pues cuando se fuerza la nota en un sentido hay fatalmente que esperar se fuerce en el sentido contrario, y esto es lo que hizo Valera. Léase si no lo que hasta hoy hemos llamado Comentarios Reales de los incas por Garcilaso, que creo haber probado no son sino la Historia de los Incas de Valera, traducida por él. y se verá que el jesuita no hace sino refutar en su apología de los incas á un competidor, hasta ahora desconocido, que hoy se sabe es el capitán D. Pedro Sarmiento de Gamboa, historiador oficial del virrey que hacía degollar pocos meses después al último inca, Túpac Amaru.

Esta es la característica de la obra del mestizo jesuita, que escribía en el teatro mismo de los sucesos. que defiende con el calor de la juventud á la raza ultrajada y cruelmente vencida; pero no pudo salir nunca de la pluma de quien había dejado la patria en 1560 once años antes de la matanza del Cuzco, y que escribe treinta años después de ella, en un rincón de España.

Queda, pues, aplicado el origen apologético de la obra, que no es sino una *réplica* y cada uno puede hacer la comparación, teniendo á la vista el texto de Valera en Garcilaso y el de Sarmiento, hoy publicado en español en Gotinga y traducido al inglés por el célebre peruanista Sir Clemente R. Markham.

Creo que después de lo dicho, aunque no hubiera mil otros argumentos en favor de mi tesis, ésto sólo bastaría para probar que la obra antes llamada de Garcilaso es de Valera, especialmente la primera parte, que trata de los incas.

No hay duda para el que conoce ambas obras, que Sarmiento escribe con acrimonia una *diatriba*, mientras Valera hace una *apología* de los incas, aunque con mejores datos; escribe lo que tenía estudiado durante muchos años, cuando el otro cree que le bastan para ello muy pocos meses.

Esto no impide que haya muchas cosas nuevas y curiosas en la obra de Sarmiento, aunque haya que decir que todo lo desvirtúa la absurda y ridícula tesis, que le impone la razón de Estado, al pretender probar que los incas eran ti-

ranos usurpadores porque dominaron el país por conquista.

Como si los demás soberanos de todos los países, inclusive los españoles, no hubieran procedido, antes y después de igual manera. Nunca se ha visto á los pueblos ofrecerse como corderos para soportar el yugo de los reyes, y sólo se han sometido al fin, después de largas y sangrientas luchas por su independencia. No hay precisión de entrar en eruditos detalles sobre la materia, casi de todos conocidos, para saber que igual cosa pasó en todos los antiguos imperios de Europa y Asia, y tenía que ser lo mismo en nuestra América; pero eso no autorizaba á Sarmiento á llamar á los incas tiranos, y los únicos señores naturales á los invasores y tramarinos del suelo peruano. Para sostener semejante tesis había que recurrir á los argumentos más estrafalarios y no reparar en los medios.

Sea de todo ello lo que fuere, lo que nos importa era saber que Valera sólo escribió exasperado por las exageraciones de su *adversario*, que no reparaba en medio alguno para demostrar su obligada tesis.

No debe pues sorprendernos que él á su vez trate con alguna exageración el carácter paternal de los incas, hasta hallarlo todo de una perfección casi sobrehumana. Hoy, gracias al hallazgo y publicación del manuscrito de Sarmiento, ya conocemos al adversario á quien responde Valera, justificando á los soberanos de su patria de tan acerbos ataques. Ya sabemos que no había necesidad de atribuir esos elogios á apasionamiento del inca Garcilaso, que nos parece defende acérrimamente á sus antepasados, y queda explicado definitivamente el misterio de todo.

No se trata aquí de exaltar á un autor más que á otro, sino de ver cuál es la versión más fidedigna de los hechos antes de la conquista: *la peruana ó la española*, la de un sabio particular, muy documentado, ó la del instrumento del cruel virrey, que en muy pocos meses zurció pomposamente su historia, refrendándola por el secretario del Virreinato, Navamuel.

Desgraciadamente no poseemos la obra de Valera completa, y en el orden en que la escribió, á fin de compararla mejor con la de su rival. El inca Garcilaso nos ha dado de

ella lo que ha querido; tenía un plan distinto y ha tenido que mutilarla y modificarla, para amoldarla á él; pero así y todo, es la fuente primera que hay que consultar para la historia del Perú primitivo, que pierde su autoridad si se le atribuye al que escribe en Córdoba, cuarenta años después de su salida del Perú, mientras adquiere gran peso si se la supone escrita en el país mismo por hombre tan estudioso como el mestizo jesuita: ésta es la única razón por la que hago tanto hincapié en esta materia.

Esto no quiere decir que la crítica no debe proceder hoy con Valera con estricta imparcialidad, pues ni él ni nadie es infalible. Hay que aceptar de él unas cosas, atenuar otras y rechazar algunas, sin ningún miramiento, pesando sólo las razones que militan en pro ó en contra de lo que afirman.

Valera, como ya lo he dicho en otras ocasiones, se equivocó ciertamente algunas veces; pero es el único que nos da detalles que faltan en los demás cronistas, como que él sólo interrogó minuciosamente á los quipocamayos y tardó unos veinte años en su penoso trabajo, cosa que no puede decirse sino de él. Los indios, sus únicos maestros en la materia, á veces se engañaban y lo engañaban también, sin quererlo, en algunas cosas que él repite como simple eco de ellos. Esto no tiene nada de extraño en un escritor de fines del siglo XVI, que entonces abría la senda, sin tener á quién seguir en tan intrincada materia.

os que conserven alguna duda acerca de lo que llevo dicho sobre el tono apologético de Valera, lean de nuevo los Comentarios Reales y encontrarán á cada paso nombrada "*la clemencia acostumbrada de los incas*," y su propósito firme, en sus suaves medidas, de no pasar por tiranos ante los pueblos que conquistaban.

Es, pues Valera, y no Garcilaso quien trata de refutar á Sarmiento, teniendo gran cuidado de no nombrarlo nunca, por prudencia y por el riesgo que corría de hacerlo entonces.

II

Hasta aquí creo haber suficientemente probado, por la índole especial que esta réplica á Sarmiento de Gamboa. que

sólo puede ser atribuida á la pluma del jesuita peruano Blas Valera, que vivía en el Cuzco, *al mismo tiempo que él*, y no al inca que comenzó á escribir fríamente en Córdoba en 160⁰ y á dos mil leguas de la patria. Esto bastará intrínsecamente para probar la tesis que he sostenido en los anteriores artículos de la *Revista*, pero se diría que no he convencido á todos, cuando ha aparecido después en la misma publicación, aunque con fecha de 1906, (sic) otro artículo sobre el P. Valera, en que el muy erudito Secretario del Instituto Histórico señor Polo, sostiene la pérdida de las obras de Blas Valera (1).

Aunque creía haber respondido á todo lo que se pueda objetar en mi réplica al señor Riva Agüero, creo que al concluir este artículo debo decir algo para acabar de desvanecer las dudas que aún conserva tan respetable adversario.

Acepto paladinamente con el señor Polo que el padre de Valera se llamó *Luis* y no *Alonso*, como dijo Garcilaso, traduciendo mal el texto latino que tenía á la vista, en que se leía *Aloisius*, lo que prueba una vez más lo que sostengo respecto á la integridad del texto latino que traduce. No acepto, en cambio, la fecha de 1551 para el nacimiento en Chachapoyas, que reconozco en vista del documento que publica de su entrada en la compañía. El padre de él se encontraba en dicha dicha ciudad como regidor desde 1539, dice él mismo en 1547, y es muy probable que tendría descendencia uno ó dos años después, por lo que creo más probable que Blas naciera hacia 1541, poco más ó menos; lo que confirma el hecho de haber sido su hijo *estudiante* en Trujillo, y haber leído allí los papeles del P. Valverde, (lo que no hace un *niño*) yendo después á la capital á continuar sus estudios en la Universidad que tenían los Dominicos en su convento, donde se alojaron los primeros jesuitas, que por ese entonces le conocieron.

Claramente se dice en el documento precitado, que Valera fué examinado siendo *ya estudiante*, en que falta la designación de la edad, como se acostumbraba, porque tenía una mucho mayor de la que ordinariamente se requería para in-

(1) Rev. Hist. t. III, pág. 544-552: *Blas Valera*, por J. T. Polo.

gresar en la orden; y lo confirma el hecho de mandarlo á fines de 1570 al Cuzco, para fundar allí el Colegio, cuando no tendría sino 20 años, si se aceptara que nació en 1551.

Dicho esto sólo para rectificar lo que decía en mi primer artículo sobre la vida de Valera, veamos ahora lo que toca á las obras de él, que continúa el señor Polo á creer perdidas el 1º de julio de 1596.

Sea dicho de pasc, que el saco duró 15 días, y que los ingleses no reconocían aún el calendario gregoriano, y por eso se ve una aparente contradicción en los documentos, según sea su origen español ó británico, de diez días de atraso ó adelanto, respectivamente.

Yo nunca he negado que los ingleses entonces saquearon y quemaron conventos y parte de la ciudad después del éxodo; pero eso nada tiene que ver con los *papeles* de los jesuitas y otros, que cada uno salvó cómodamente, en virtud de uno de los artículos del *protocolo*, que se firmó gracias á la intervención del canónigo Quesada. Cuando una casa se quema, después de haber prevenido á sus habitantes que saquen todos los *papeles* y vestidos; no se puede decir que en el incendio perecieron las cosas que se había llevado cada uno; lo mismo sucedió en Cádiz. Se autorizó á los jesuitas, que fueron los primeros que salieron de la ciudad, con las mujeres, á que se llevaran dos vestidos y sus *papeles* personales; se llevó, por tanto, los suyos, que *eran sus obras*, el P. Valera. Aunque ésto lo tengo muy explicado, hay que repetirlo, pues se niega, para justificar la punible conducta de Garcilaso.

Este sostiene que recibió del P. Maldonado, *hecha pedazos* la Historia del Perú de Valera. El mismo señor Polo cita 13 pasajes en que nombra al autor de los fragmentos que copia; ésto bastaría para hacer ver que no reproducía trosos de una obra sino la obra íntegra, en que no falta ni el nombre del padre del autor, trozos que, según mi cuenta, pasan de 40 las columnas, que hay sólo en la 1ª parte de los Comentarios, sin contar los de la 2ª: no es concebible que tales extractos se hayan hecho de una obra destrozada. Si á eso se agrega el resto del libro, en que se contienen cosas que pudo *saber sólo* Valera y debió seguramente Garcilaso *ignorar*, al salir á los 20 años del Cuzco, resulta que son pedazos demasiado voluminosos, que tienen aires de una obra entera.

En la misma obra se vé que el verdadero autor tenía un *plan distinto*, y dividía de otra manera los libros y capítulos; pues en el undécimo del libro V° se refiere (pág. 144) (1) á lo que *oirá* en el capítulo VIII del libro II°: eso quiere decir que el que escribe está todavía en el libro I y sólo puede referirse así al VIII del II°.

Lo mismo se ve en el siguiente, donde se cita de Valera el capítulo, libro y hasta número distintó, que no corresponde al libro que tenemos á la vista, cosa que no puede suceder sino porque los Jesuitas ú otros que le tradujeron el texto latino de Valera no se fijaron en esa circunstancia, ni el pretendido autor al dar la última mano á la publicación.

Si no me equivoco, ésta es una prueba incontestable, para todo lector imparcial, de la verdad de mi tesis.

¶ Pero insiste el señor Polo en repetir, como gran argumento en sentido contrario, que si el P. Maldonado dió al inca toda la obra y no fragmentos, los jesuitas *deberon* protestar, cuando vieron la obra publicada con el nombre de Garcilaso.

Ya tengo contestado á este punto; pero vuelvo á repetir: que la protesta era sólo *posible*, y que el *hecho* fué que no tuvo lugar; y, por otra parte, se concibe que así fuera, pues cuando recibió los papeles es natural que se le autorizara con anuencia del Rector, á hacer de ellos lo que le diera la gana; es decir, publicarlos, que es lo que él se proponía. ¿Cabe protesta en tal caso?

Suponiendo que lo de la protesta tuviera algún peso, nunca puede destruir los argumentos deducidos del *contexto* mismo, que prueba por sí solo que el P. Valera, algo desfigurado, es el que escribe, aunque Garcilaso agregue algunas anécdotas personales, de cuando en cuando, al texto que copia: esos argumentos tienen su fuerza propia con protesta ó sin ella.

Esto es aún más probable, vista la intimidad que Garci-

(1) "También diremos largamente en el capítulo VIII y IX" Com. R. lib. V. cap. 11, pág. 144, ed Barrera

Idem, cap. 2 p. 147: "Lo diremos adelante en el libro II cap. 9 N° 55; hasta aquí el P. Valera, lo que promete se perdió" etc.—Si logro publicar la edición crítica ofrecida, discutiré página por página todo el texto.

laso tenía con los Jesuitas del Colegio de Santa Catalina, es especialmente con su Regente de estudios P. Francisco de Castro, quien en 1611 le dedica su tratado de *Retórica* y firma en enero la censura de la Segunda parte de los Comentarios. Es posible que el señor Polo halle esa obra, rara en Lima, pero convendrá en que es curiosa ésta y otras coincidencias.

¿Cuántas veces no leemos en las citas de Valera en Garcilaso: "*El P. Valera trata este asunto largamente en otro capítulo*", ¿Cómo podría él saberlo, si no lo había leído en el texto original completo? Esto no admite réplica alguna.

Vuelvo á repetir por la milésima vez: que si á pesar de lo que llevo dicho y demostrado, las obras se perdieron en Cádiz, donde estaban *juntas*, no debían haberse salvado por el P. Torres el vocabulario, ni la Relación anónima publicada por Jiménez de la Espada, ¿acaso las leyeron los ingleses y sólo condenaron al fuego, por razones de alta política, la Historia del Perú?

Se ha creído refutar perentoriamente lo que digo, diciendo que Garcilaso desde su primer libro *promete* ocuparse de la historia de sus antepasados y esto en un prólogo fechado en 1586. Hizo lo que muchos hacen, prometiendo lo que no tienen, y tan cierto es eso, que sólo cumplió su promesa *14 años después cuando le dieron los papeles*, que el llama destrozados de Valera. Entre tanto, creyó de más importancia la traducción de los *diálogos* de León Hebreo y la historia de la Florida, que no conocía ni de vista, y que le dictó un hidalgo anónimo que residía en Posadas (cerca de Córdoba) dejando para los últimos años de su vida la Historia de los Incas, que debía ser la única preocupación del que pertenecía á la familia real, según él y sólo él.

A este respecto creo que puedo dar una nueva interesante al antiguo amigo de mi juventud, diciéndole que Garcilaso al copiar á Valera no ha hecho sino seguir una costumbre *muy antigua en él*, pues no sólo escribía lo que le dictaban en Posadas y que él llamaba "La Florida del Inca", sino que al intitular él "*traducción del indio*" de *Los Diálogos de Amor* no hacía sino *apropiarse*, con muy ligeras variantes, la que se había publicado anónima en Venecia en 1568 (que

tengo á la vista) y que él ha podido consultar durante 22 años, antes de imprimir lo que llama *suya* en 1590 (1).

¿Cree el señor Polo que quien se apropió las dos obras citadas no podía plagiar al P. Valera, que hacía algunos años había fallecido, sin dejar parientes ni amigos que reclamaran sus derechos? Dejo á su imparcialidad reconocida el responder á esa pregunta.

Lo que resulta de todo esto es: que no conociendo antes los datos que hoy poseemos, hemos forjado una leyenda *garcilacesca* llamando al que se titula inca autor de las obras que publicó con su nombre, porque nadie se había fijado en las cosas que me han dado á mi en ojos y me han persuadido de lo contrario. He creído útil comunicar mi convicción á mis compatriotas, lamentando que sobre alguno de ellos recaiga la nota de plagiario; pero como lo que busco ante todo, es la *verdad histórica*, y ésta gana con que dicha obra sea escrita principalmente por Valera, no he vacilado un momento en sostener su causa, sin pensar un instante sólo en que el chachapoyano fuese jesuita, judío ú otra cosa cualquiera.

El único argumento serio que encuentro contra la tesis que defiendo es haber sido yo el descubridor de este fraude literario, que ha quedado oculto durante tres siglos, y no una de esas notabilidades en gran predicamento en nuestras días, sino el más modesto y olvidado de los peruanistas que toda su vida la ha sacrificado, sin cálculo alguno, á la investigación de la verdad.

París, 1909.

Manuel González de la Rosa.

(1) He consultado varias ediciones italianas de Venecia desde 1545. La española de 1568 se reimprimió allí en 1598 en 4º español. La de Garcilaso en 1590 es más voluminosa, porque tiene tipos grandes preliminares y una gran tabla alfabética: las he cotejado. Daré muchos detalles en la biografía de Garcilaso, para la que tengo reunidos muchos materiales.

Me parece este artículo ya muy largo y por eso suprimo multitud de pruebas.